

La evolución de la cultura
Luigi Luca Cavalli-Sforza, Editorial Anagrama, 2007. 204 páginas
David Fajardo Chica*

El libro que revisaremos se encuentra dentro de un campo que ha sido muy polémico: los modelos evolucionistas de la transmisión de la cultura. Muchos son los que han hecho algunos adelantos al respecto, pero en general han tenido una aceptación muy pobre por parte de los antropólogos culturales. Cavalli Sforza lo sabe y por eso admite que su trabajo pretende comenzar a llenar el espacio vacío existente entre éstos y los evolucionistas. De ahí que el subtítulo de su libro sea “Propuestas concretas para futuros estudios”.

La supuesta concreción de las propuestas que Cavalli-Sforza realiza en su libro tal vez sea inexistente. Ya que encontramos una veintena de capítulos que abordan temas muy variados a veces sin una conexión clara. Aunque esto no hace del libro algo menos interesante. Haremos pues referencia al carácter general y a aquellos puntos centrales que el autor rodea en los diversos apartados.

La tesis que se defiende de manera desordenada a lo largo del texto es que pueden hacerse relaciones interesantes entre la evolución biológica (que no es otra cosa que la historia misma de la vida en la tierra) y la evolución cultural (la historia de las culturas humanas). Para establecer estas relaciones Cavalli-Sforza inicia con una definición de cultura que consideramos bastante afortunada: “La palabra cultura tiene muchos significados. Pretendemos utilizarla aquí en el más general: la acumulación global de conocimientos y de innovaciones derivados de la suma de las contribuciones individuales transmitidas de generación en generación y difundidas en nuestro grupo social, que influye y cambia continuamente nuestra vida.” (p.9)

Aquellos quienes han estudiado la relación del hombre y la cultura han favorecido una posición que bien puede llamarse *ambientalista*, es decir, que el ambiente define al hombre en tanto que su mente es similar a una tabula rasa que recibe impresiones del medio. Filósofos, antropólogos, sociólogos, psicólogos, y una gran cantidad de intelectuales de tan alta estima como Locke, Rousseau, Marx, Engels, Skinner, entre muchos otros defendieron este tipo de ideas. Pero esa posición que siempre fue más fuerte, recientemente se ha venido replanteando gracias a que se están teniendo en cuenta los trabajos de la biología evolucionista al respecto. Suceso tardío, ya que desde *El Origen de las especies* en 1859 existía la plataforma teórica para hacer que los comportamientos humanos se hicieran objeto de estudio de las ciencias naturales de la misma manera que se estudiaba el comportamiento animal. Este enfoque de estudio pudo llamarse *naturalista* en contraposición con el anterior. Y defiende que el hombre tiene un precableado cerebral y unas estructuras mentales que evolucionaron junto con sus demás rasgos físicos adaptándose con el tiempo a su entorno; el libro que revisamos se encuentra dentro de esta corriente.

* Estudiante de Profesional de Filosofía, Universidad del Valle. Mentis. Grupo de investigación en Filosofía de la Mente y Ciencias Cognitivas.
david.fajardo@gmail.com

Sin embargo esta relación entre evolución y cultura puede tomar dos vías. La primera es el estudio de las características biológicas del *Homo sapiens* que fueron condiciones de posibilidad para el surgimiento de la cultura, esto es su cerebro, su lenguaje, las asociaciones primitivas, la capacidad de imitación, la bipedización, entre otros. La segunda, es establecer que rasgos de la evolución biológica pueden aplicarse a la evolución cultural, es decir la apropiación de las categorías propias de la evolución biológica para explicar los fenómenos de la evolución cultural.

Cavalli-Sforza explora esas dos vías. Así encontramos capítulos donde explica la cultura como una adaptación más del hombre: “En efecto, la cultura puede ser considerada un mecanismo de adaptación al medio extraordinariamente eficaz. La adaptación al medio por vía genética es muy lenta, en especial para organismos como el hombre, que se reproduce con lentitud” (p. 112) Esta relación de lentitud –rapidez entre la evolución biológica y cultural ha sido conocida también con la metáfora de la tortuga y la liebre, introducida por David Barash en los ochentas; frente a la evolución biológica que es tan lenta e imperceptible, el hombre gracias a su precableado cerebral y mental, rápidamente ha “inventado instrumentos que lo ayudan y le dan posibilidades extraordinarias, como crear nuevos alimentos, atravesar el mar, y la tierra con rapidez, volar, comunicarse a distancia fácilmente y un largo etcétera” (p. 114). Así la cultura es independiente de la biología del hombre, pero se encuentra cimentada en ella: “la cultura es un mecanismo biológico, en tanto en cuanto depende de los órganos, como las manos para fabricar utensilios, la laringe para hablar, las orejas para oír, el cerebro para comprender, etcétera” (p. 114)

Aceptar cualquiera de esas dos vías para estudiar la cultura –incluso las dos a la vez- no es reduccionista, ya que “el aspecto biológico repensado en la información genética la determinan [a la cultura] sólo en el sentido de que controlan los órganos que la hacen posible y, en particular, permiten el lenguaje, que es una característica prácticamente exclusiva de los hombres y es la base necesaria para la comunicación. Pero la cultura permanece profundamente distanciada y ampliamente independiente de los genes” (p. 19)

Sobre la segunda vía, Cavalli-Sforza se adhiere a quienes defienden la existencia de analogías fuertes entre la evolución biológica y cultural. Es decir, a través del tiempo de un acervo de prácticas culturales, ideas, etc. han ido sobreviviendo aquellas que han sido más exitosas en su relación con el medio. Para nombrar a esa una unidad de autorreplicación cultural que sea análoga al gen, Cavalli-Sforza usa el término *idea*: “seguiremos llamando aquí *idea* al objeto que se autorreproduce en la base de la cultura y de su evolución” (p. 106). Cavalli-Sforza hace referencia al término *meme*, introducido por el célebre evolucionista de Oxford, Richard Dawkins para designar aquella unidad mínima de la transmisión cultural. Este término ha hecho carrera en ciertos sectores, tanto que se ha publicado un buen número de obras explorando las posibilidades de hacer analogías fuertes entre el gen y el meme. Sin embargo en la actualidad no se ha podido fundamentar un campo de estudio sólido y normalizado, como sus más optimistas desarrolladores piensan que se podrá.

Finaliza el libro con un capítulo que reflexiona acerca de las bondades de un acercamiento interdisciplinar a la cultura italiana, aunque en principio las reflexiones valen para cualquier cultura. Cavalli-Sforza reconoce que para dar cuenta de los fenómenos históricos se deben abordar desde múltiples disciplinas “porque se pueden encontrar informaciones respecto a un determinado periodo o suceso en una disciplina particular, mejores y más útiles que en otras”; así pues el llamado final es a la interdisciplinariedad, cuyo ejemplo explícito en el libro es la relación entre biología y antropología cultural.

En resumen, tenemos un libro escrito por uno de los mejores exponentes de quienes han tratado de acercar los estudios de la cultura al campo de las ciencias naturales; un texto que si bien arroja luces a diversas cuestiones peca por la amplitud de perspectivas y la generalidad del tratamiento.